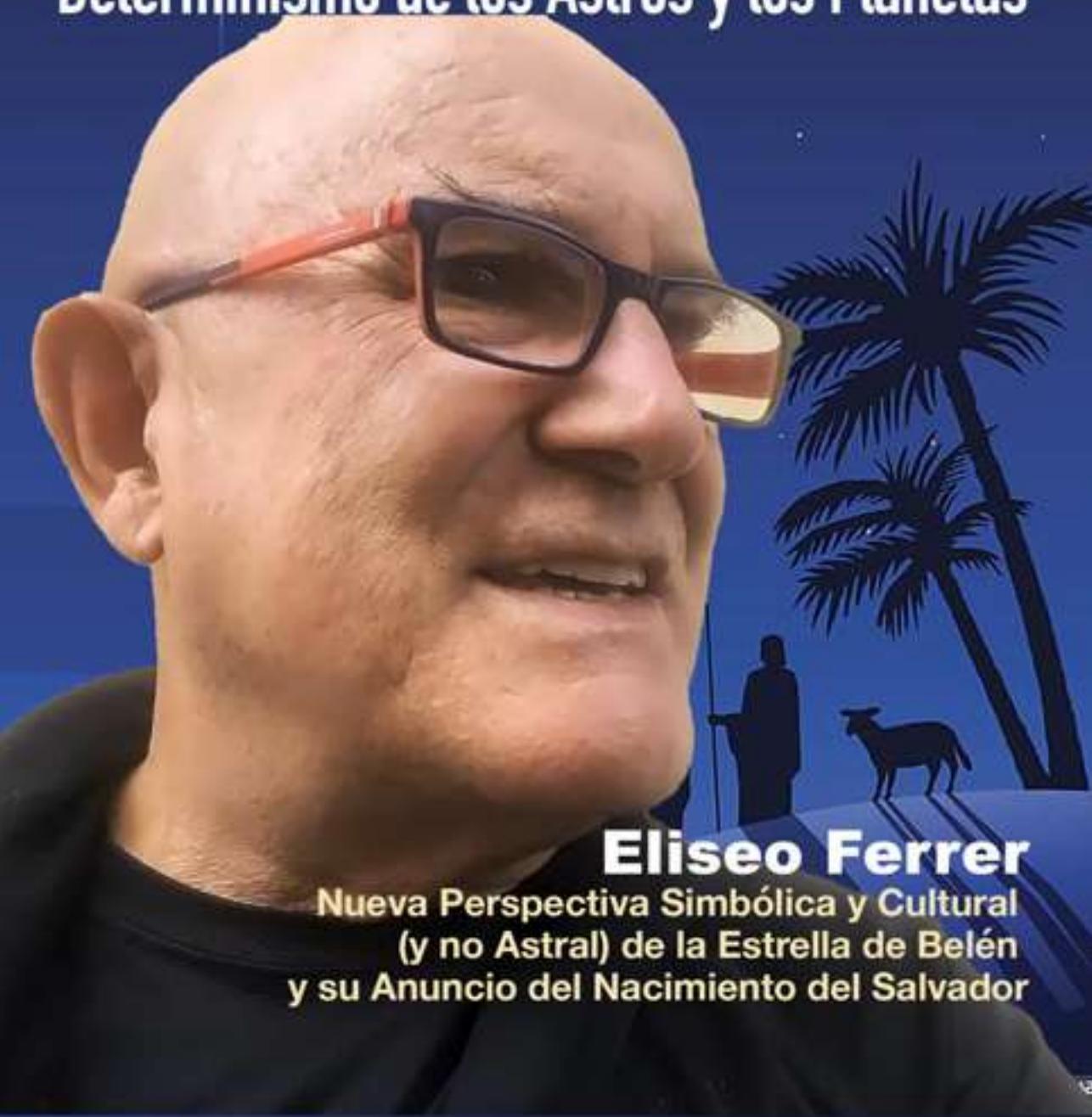




La Estrella de Oriente: Un Desafío Simbólico al Antiguo Determinismo de los Astros y los Planetas



Eliseo Ferrer

Nueva Perspectiva Simbólica y Cultural
(y no Astral) de la Estrella de Belén
y su Anuncio del Nacimiento del Salvador



Información on line sobre el autor:

<https://orcid.org/0000-0003-2612-547X>

<https://eliseoferrer.com/libros/>

<https://eliseoferrer.com/resenyas/>

<https://eliseoferrer.com/articulos/>

**Eliseo Ferrer es autor, entre otros, del libro:
EL MITO CRISTIANO, SEGÚN LOS TEXTOS**



**MESSIDOR COMUNICACIÓN
MADRID - MIAMI**

Maquetación, Diseño y Edición

Eliseo Ferrer

La Estrella de Oriente: Un Desafío Simbólico al Determinismo de los Astros y los Planetas



NUEVA PERSPECTIVA SIMBÓLICA Y CULTURAL (Y NO ASTRAL)
DE LA ESTRELLA DE BELÉN Y SU ANUNCIO
DEL NACIMIENTO DEL SALVADOR

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de este texto sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados es constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela
por el respeto de los citados derechos.



© Eliseo Ferrer Latre

Publicado en Figshare

22 de Diciembre de 2025

LA ESTRELLA DE ORIENTE: UN DESAFÍO SIMBÓLICO AL ANTIGUO DETERMINISMO DE LOS ASTROS Y LOS PLANETAS

NUEVA PERSPECTIVA SIMBÓLICA Y CULTURAL (Y NO ASTRAL) DE LA ESTRELLA DE BELÉN Y SU ANUNCIO DEL NACIMIENTO DEL SALVADOR

Como vamos a ver en este pequeño ensayo, el fenómeno místico de la luz estelar fue algo que nada tuvo que ver con la realidad astronómica y cósmica; que nada tuvo que ver con la materia del mundo, en definitiva; sino que se presentaba como imagen de la semántica del simbolismo mítico que practicaron diferentes corrientes místicas del helenismo. Una imagen derivada de la observación del cielo nocturno que, paradójicamente, expresaba un profundo y radical desafío al significado cultural atribuido en aquel tiempo a los astros y los planetas: el determinismo de los objetos celestes sobre la vida de los hombres.

Vengo escuchando desde siempre los más extravagantes argumentos sobre todo aquello que se refiere a la literatura de los orígenes cristianos. Por eso, en relación a nuestro asunto, voy a empezar comentando lo que no fue (bajo ningún concepto) la Estrella de Oriente, la Estrella de Belén o la Estrella de los Magos, como quiera que llamemos a este singular fenómeno relatado en la literatura del evangelio de Mateo.¹ Es decir, voy a descartar aquello a lo que no se refiere el simbolismo de esta luminaria navideña, y que errónea e ignorantemente se asocia con los astros, para pasar a explicar finalmente el verdadero significado del simbolismo cultural e histórico de su luz divina. Un simbolismo que, curiosa y sorprendentemente, se presenta como radical antítesis de la cosmología, de la astrología y de la astronomía, y que no fue sino signo y manifestación central de la soteriología intemporal y eterna de ciertos grupos de la gnosis cristiana primitiva. Pues, como veremos, la Estrella de Oriente se nos presenta hoy justamente

¹ Mateo. 2. 2-11.

en las antípodas de lo que generalmente se le atribuye; porque lo que expresa no es otra cosa que la negación y la superación de la armonía y el poder del determinismo fatalista de los astros y los planetas, dominados por los arcones y demonios. Y ello a pesar del uso de las imágenes cósmicas que combatía.

Así, he oído decir con frecuencia, igual que lo habrán oído la mayoría de los lectores, que la Estrella de Oriente pudo haber sido una Nova o una Supernova; que pudo haber sido un cometa y no una estrella (¿el cometa Halley?, se preguntan algunos), o que pudo haber sido incluso algún asteroide caído del cielo. Conozco incluso quienes, dentro de ese gremio de divulgadores de lo falso que asocian la palabra «ciencia» a sus propias ocurrencias, descartan las hipótesis anteriores y vienen a hablarnos del planeta Urano: vienen a recordarnos la especial configuración que este adoptó con Saturno el año noveno de la era anterior y de la que, contrariamente a lo que afirman, no han quedado registros por una evidente y sencilla razón: porque Urano fue un planeta desconocido hasta el siglo dieciocho. Incluso, se está imponiendo hoy en las redes el discurso dominante de las universidades pontificias que nos habla de las conjunciones Júpiter y Venus los años tres y dos antes del *anno domini*. Sin olvidar, por supuesto, como veremos a continuación, el más importante fenómeno celeste de la triple conjunción astral de Júpiter y Saturno el año siete antes de nuestra era.

Es decir, nos encontramos con un racionalismo muy estrecho de miras que, completamente ignorante de los senderos por los que transitan los símbolos y arquetipos de los mitos y la mitología, busca el reconocimiento con anacrónicas, ideologizadas y erróneas interpretaciones, derivadas siempre de una lectura estrictamente literal y torpe de los textos antiguos, no solo de los evangelios.

Pues lo cierto es que buena parte de la historiografía moderna, formada en una concepción estrictamente positivista, ha tendido a desplazar el análisis simbólico y mitológico en favor de explicaciones causalistas y literalistas. Por eso, desde esta perspectiva, el relato evangélico de la Estrella de Belén debía explicarse necesariamente a través de un fenómeno astronómico verificable, relegando el lenguaje mítico al ámbito de lo accesorio, de lo superficial e ingenuo. Sin embargo, este enfoque, que ignora la riqueza metodológica de los planos emic y etic de la antropología, ignora en consecuencia los códigos simbólicos propios del helenismo tardío y desatiende el carácter profundamente espiritual y polémico del texto de Mateo, que no aspiraba a describir un hecho físico, sino a subvertir el orden cosmológico dominante.

Estoy señalando con el dedo a todos esos profesores que, educados en el anacronismo y el peor positivismo, son incapaces de entender el verdadero sentido emic que emerge de las cloacas de la acción humana de las distintas culturas. Todos ellos constituyen la avanzadilla de esa “ciencia histórica” (como llaman a su extraña

ocupación) que convierte los misteriosos y oscuros orígenes del cristianismo en la obviedad de un relato para viejas y niños. Curiosamente, lo saben todo de Jesús de Nazaret y nada de Cristo ni de Sofía; ni del *Verbum* carnalizado; ni del Logos mediador; ni del *Logoi spermatikoi*. Todos ellos dominan de segunda y tercera mano la historia judía del Segundo Templo, a la que, desde sus vagas y confusas evocaciones, denominan «ciencia», ya lo he dicho. Y lo hacen con la misma perspicacia y habilidad con la que los magos manejan la chistera, el conejo y el bastón. Y todos ellos también, completamente ignorantes de lo que en realidad fueron los fenómenos de Sofía-Sabiduría, Jesús-Cristo, el Hijo del Hombre, el Logos de Filón y, en definitiva, el primerísimo cristianismo, terminan convirtiendo en familia numerosa a la prole de María y José y poniéndole anteojos, calcetines blancos y sandalias a la figura gnóstica de Jesús.

Lo cierto, y sin irnos por las ramas de la sátira innecesaria, es que muchos de estos sedicentes «investigadores» y divulgadores de viejas y gastadas ideas descubrieron ya en el siglo pasado que, puesto que su medio natural era la «ciencia histórica» y no los mitos, ni la fe ni la teología, la explicación de la literalidad textual de la Estrella de Belén en el evangelio de Mateo debía descansar en un principio de racionalidad astronómico y nunca en las oscuras y patéticas fabulaciones del alegorismo mitológico. Porque algo importante, desde «un punto de vista científico», habría debido ocurrir en aquel tiempo del inverosímil nacimiento de Jesús de Nazaret; un fenómeno material asociado, incluso, para muchos, a la benéfica providencia del todopoderoso. Algo conocido en su momento, de lo que pudo haber quedado constancia en olvidados registros escritos, y que el mismo Johannes Kepler redescubrió y comunicó al mundo en los primeros tiempos del desarrollo científico, entrado ya el siglo XVII. Me refiero a la triple conjunción de Júpiter y Saturno, ocurrida el año siete antes de nuestra era, según la cual Júpiter se habría desplazado a través de la constelación de Piscis para aproximarse hasta el planeta Saturno. Un fenómeno astronómico clave, determinante y grandioso (crucial, desde mi punto de vista, pero en otro plano y en otro orden de cosas muy diferente al de la Estrella de Oriente) a la hora de interpretar y entender la cultura cristiana que ha movido el mapa mundi mental y las inquietudes, las filias y las fobias, de todo Occidente durante dieciocho siglos. Tan importante, desde mi punto de vista, que invalida cualquier reduccionismo del tipo del que estamos refiriendo en estas páginas: la reducción, en definitiva, como hacen nuestros racionalistas de ocasión, de la triple conjunción planetaria del año siete antes de nuestra era a la Estrella de Oriente, a la Estrella de Belén o a la Estrella de los Magos, como queramos denominarla. Se trata de dos fenómenos completamente diferentes en todos los sentidos.

Y he aquí el verdadero enredo y el motivo de confusión de dos diferentes pers-

pectivas en la forma de entender los símbolos y la ontología material del mundo, la alegoría y la misma materialidad del cosmos: aquel punto donde se cruzan dos perspectivas igualmente verdaderas, pero con premisas radicalmente diferentes: la que derivaba de la realidad astronómica sus propios significados (como vamos a ver con la triple conjunción astral de Júpiter y Saturno) y aquellas que, desde la mística de sus significados desafiaban a la astronomía y al cosmos (como vamos a ver con la Estrella de Oriente).

La llegada del Salvador, anunciada por los astros.

Ocurre que, desde mi punto de vista² (y desde el punto de vista de Carl G. Jung),³ la triple conjunción de Júpiter y Saturno del año siete antes de nuestra era no debe entenderse como un fenómeno aislado ni como una simple curiosidad astronómica retrospectiva, sino como un elemento simbólico integrado en una tradición de larga duración relativa a la esperanza mesiánica.⁴ Ahora bien, conviene subrayar que Jung no aportaba pruebas históricas directas del judaísmo del siglo primero, sino que reconstruía una semántica astral apoyándose en fuentes judías medievales y en la persistencia de motivos simbólicos que, por su coherencia interna y continuidad, permiten inferir la existencia de una tradición anterior. En este sentido, la triple conjunción astral funcionaría como un trasfondo cosmológico cargado de significación para determinados sectores del hebreísmo helenizado.

De tal manera que el significado mesiánico de este fenómeno cósmico se presentaría como fundamento oculto, como cimentación ideológica, como leitmotiv y ultima ratio de toda la posterior construcción neotestamentaria. Pues existió, según Jung, la tradición y la creencia en ciertos sectores del judaísmo de que la llegada del mesías se produciría en aquel tiempo en que los planetas de Júpiter y Saturno entrasen en confluencia. No obstante, y como no quiero desviarme de mi hilo conductor, voy a remitir a todos aquellos lectores interesados en este apasionante asunto de la triple conjunción astral del año siete antes de nuestra era a la lectura del capítulo «Astrología y cosmología en el primer cristianismo. En torno a los astros, el calendario celeste, el tiempo del mesías y el mundo patrocinado por los obispos de la Iglesia»,⁵ de mi libro *Sacrificio y drama del rey Sagrado*; en particular, al epígrafe titulado «El tiempo del Mesías. El pez, la profecía de Daniel y la triple conjunción de Júpiter y Saturno».⁶ En estas páginas pongo en relación, a tra-

² Cf. Eliseo Ferrer. *Sacrificio y drama del Rey Sagrado. Genealogía, antropología e historia del mito de Cristo*. Madrid, 2021.

³ Cf. Carl G. Jung. *Aion. Contribución al simbolismo del sí mismo*. Barcelona, 2011.

⁴ Op. Cit. 170-202.

⁵ E. Ferrer. Op. Cit. 597-626.

⁶ Op. Cit. 614-618.

vés de un encaje casi perfecto, tres fenómenos culturalmente diferentes, pero que forman parte de un mismo engranaje estructural: las teorías de Carl G. Jung y de cierto gnosticismo cristiano sobre el papel de la triple conjunción astral del año siete antes de nuestra era en la determinación del nacimiento del mesías, del niño-dios o del rey salvador; los pronósticos relativos al tiempo de la llegada del mesías establecidos en el libro de Daniel,⁷ y la creación del *anno domini* por Dionisio el Exiguo⁸ durante el pontificado de Juan I, a principios del siglo sexto. Todos ellos, como puede observarse, constituyen asuntos aparentemente alejados de la literacidad de los evangelios, aparentemente ajenos al discurso narrativo de la probable fábula de Jesús de Nazaret y aparentemente extraños a la textualidad de los pastores, del portal navideño, de la Estrella de Belén y de la supuesta visita a Judea de los magos de Oriente. Pero lo cierto es que esos tres importantísimos asuntos (conjunción astral del año siete antes de nuestra era, profecía de las setenta semanas de Daniel y creación retrospectiva de Dionisio el Exiguo) aparecen todos ellos soterrados y fundidos en hormigón y acero dentro de las profundidades de los cimientos que generaron los motivos, los estímulos y el midrash pesher de la narración evangélica. La triple conjunción de Júpiter y Saturno formó parte de la cosmología esencial en los orígenes cristianos, como signo anunciador de la llegada del mesías, según interpretación de determinadas sectas hebreas helenizadas y según recoge Jung, como digo. Pero fue algo muy diferente del significado de la Estrella de Belén, que no apareció más que como representación simbólica y bandera de un misticismo que desafiaba la materialidad del cosmos y el movimiento planetario de los arcones y demonios.

He de insistir en que la triple conjunción astral de Júpiter y Saturno en Piscis estuvo asociada por lo general, dentro de ciertas sectas hebreas, con el signo anunciador de la llegada del mesías, según las referencias citadas. Incluso, debo añadir que los cabalistas judíos, para quienes la figura de Jesucristo carecía de todo interés y significado, por ignorado, continuaron anunciando la llegada del mesías de Israel a lo largo de toda la Edad Media, justo coincidiendo con una nueva conjunción de los planetas Júpiter y Saturno. El caso más evidente y conocido fue el del judío portugués Isaac Abravanel, quien, desatento al cristianismo de la Iglesia, seguía explicando en el siglo quince que el mesías vendría cuando los planetas Júpiter y Saturno se presentasen en conjunción en el signo Piscis. «Abravanel —según Jung— esperaba la venida del mesías bajo el signo de Piscis; es decir, en la conjunción de Júpiter y Saturno en ese signo. Y no fue el único que expresó tal esperanza. Encontramos las mismas interpretaciones con cuatro siglos de anterioridad, a través del rabí Abra-

⁷ Daniel. 9.24-27.

⁸ E. Ferrer. Op. Cit. 615, 616.

ham ben Jiyyá (muerto en 1136) y de Salomón Ibn Gabirol (1020-1070).⁹ Para Jung, la conjunción de Júpiter y Saturno significaba la unión de los opuestos extremos: «En el año siete antes de nuestra era —concluía el psicoanalista suizo— sucedió esta célebre conjunción no menos de tres veces en el signo Piscis. La máxima aproximación se produjo el 29 de mayo de ese año, con una distancia de solo 0,21 grados; o sea, menos de la mitad del ancho de la luna llena».¹⁰

He de insistir, no obstante, en que las referencias a los cabalistas judíos medievales —Abraham ben Jiyyá, Salomón Ibn Gabirol o Isaac Abravanel— no deben interpretarse como testimonios directos del judaísmo del siglo primero, sino como indicios de la pervivencia de una semántica astral hebrea de larga duración. El interés de estas fuentes no reside en su valor cronológico inmediato, sino en mostrar cómo determinados esquemas simbólicos relativos al tiempo mesiánico y a la triple conjunción de Júpiter y Saturno se mantuvieron activos y operativos en el pensamiento judío durante siglos, con independencia total del cristianismo y de la figura de Jesucristo.

Es decir, que, por lo que estamos viendo, y si no constituyese una auténtica burla de Satanás y todo un sarcasmo hermenéutico, habría que darles la razón a aquellos que, revestidos o no de ropajes pseudocientíficos, vienen a decírnos que Jesús de Nazaret nació (o debió nacer; o probablemente «lo nacieron») el año siete antes de nuestra era, cuando aún vivía el rey asesino y perseguidor de niños; y que, además, nació (o debió nacer o «lo nacieron») en primavera (en mayo, según la astro-mitología de Jung), puesto que los pastores dormían al raso en sus majadas, acariciados por la brisa fresca de la noche y bajo las luces tintineantes de las estrellas. Pero, lamentablemente, nada de todo lo que acabo de relatar tiene que ver con la Estrella de Belén... Tiene que ver, eso sí, con la mitología cósmico-temporal helenística de la encarnación del Niño Dios, con la mitología de la llegada del Rey Cosmocrátor, con la mitología cósmico-temporal helenística de la llegada del Salvador y con la mitología judía de la llegada del mesías anunciado por Natán. Pero no con la Estrella de Oriente.

No hay constancia astronómica de la Estrella de Belén.

Por lo demás, hoy estamos bastante al tanto de los fenómenos astronómicos acaecidos entre el año 744 (10 antes de nuestra era) y el año 754 (*anno domini*), que así, en sentido emic, es como hay situarse frente al real calendario de aquel tiempo (*Ab Urbe Condita*); y no a través de los anacronismos e interpretaciones posteriores de la Iglesia. Evidentemente, ninguno de ellos coincide con el fenó-

⁹ C. Jung. Op. Cit. 139.

¹⁰ Op. Cit. 143.

meno estelar relatado literariamente en el evangelio de Mateo; y solo la triple conjunción astral del año 747, interpretada supuestamente por hebreos helenizados, encaja dentro de la semántica y el poder comunicador de los astros y planetas. He aquí los datos:

—**Año 745 AUC (9 a.n.e.).** Conjunción de Urano y Saturno. Se trata de un fenómeno que carece de relevancia para cualquier sistema astronómico o astrológico de la antigüedad, puesto que Urano no fue identificado como planeta hasta el siglo dieciocho y no formó parte de ningún corpus simbólico, cosmológico o predictivo antiguo documentado. Por ello, cualquier intento de vincular esta configuración con la Estrella de Belén incurre necesariamente en un anacronismo insalvable.

—**Año 747 AUC (7 a.n.e.).** Tres Conjunciones Júpiter–Saturno en Piscis. Desde Judea, Samaria y Galilea, Júpiter y Saturno aparecieron como dos «estrellas muy próximas» en el cielo nocturno. Esta triple conjunción se interpretó posteriormente con el cambio de era de Aries a Piscis, según la precesión de los equinoccios. Y este cambio llevaría consigo, entre otras interpretaciones posteriores, la muerte del cordero y el nacimiento del pez, significados que fueron asumidos como propios por las sectas que conformaron los primitivos cristianismos. Otro de los significados de esa conjunción astral en ciertas sectas hebreas y cristiano-gnósticas primitivas fue el del nacimiento Mesías: del nacimiento del Salvador o Rey Cosmocrátor del helenismo.

—**Año 749 AUC (5 a.n.e.).** Hubo un cometa registrado en crónicas chinas.

—**Año 750 AUC (4 a.n.e.).** Un Eclipse lunar y fenómenos menores.

—**Año 751 AUC (3 a.n.e.).** Conjunción Júpiter–Venus en Piscis.

—**Año 752 AUC (2 a.n.e.).** Nueva conjunción Júpiter–Venus. Junto a la conjunción del año anterior, es uno de los datos manejados por las interpretaciones tradicionales de las Iglesias de cara a ofrecer un sentido astronómico a la Estrella de Oriente. Pero lejos de estas interpretaciones ideológicas interesadas, lo cierto es que carece de todo sentido desde el punto de vista de las interpretaciones hebreas de la semántica astral babilónica. Mientras la triple conjunción astral de Júpiter y Saturno del año siete antes de nuestra era fue asociada con la llegada del mesías, las conjunciones de Júpiter y Venus estaban asociadas desde antiguo al simbolismo de la prosperidad y la abundancia de bienes materiales.

—**Año 754 AUC (1 anno domini).** Dionisio el Exiguo, bajo el pontificado de Juan I, creó en 525 el anno domini. No consideró el año cero.

—**Año 844 AUC (90 EC).** Se escribieron probablemente los primeros textos del Evangelio de Mateo.

—**Año 884 AUC (130 EC).** Apareció el texto definitivo de Mateo reeditado por los estamentos de la Iglesia.

—**Años 904 - 1004 AUC (150-250 EC).** Vagás alusiones a la Estrella de

Oriente de los escritores cristianos más tempranos (siglos segundo y tercero EC).

-**Justino Martir (100-165 EC).** En su *Diálogo con Trifón* hizo referencia a profecías sobre el nacimiento de Cristo, mencionando fenómenos celestes que lo anunciaban, aunque no necesariamente con detalles sobre la estrella.

-**Tertuliano (155-240 EC).** Habló de los signos celestes y maravillas que acompañaron el nacimiento de Jesús, refiriéndose a la tradición de la estrella, pero sin más detalles.

-**Orígenes (184-253 EC).** En sus comentarios sobre el evangelio de Mateo analizaba la estrella, interpretándola de manera esencialmente simbólica y solo en segundo plano en sentido literal. Se refería a que el texto de Mateo hablaba de un hecho observable, pero Orígenes no afirmaba conocer qué tipo de fenómeno astronómico había sido aquel; simplemente aceptaba sin ninguna crítica que el evangelista lo describía como un suceso en el cielo. Sin embargo, y mucho más importante, Orígenes veía en la estrella un significado simbólico y espiritual, como en otros muchos elementos de los evangelios: representaba, según él, la luz de Cristo que guiaba a los gentiles hacia la salvación.

Repite que todo lo relatado anteriormente no tiene nada que ver con la Estrella de Belén... Pues he aquí que aquella noche en que la Virgen María estaba de parto y una estrella grande y luminosa llegó procedente de Oriente, absorbió dentro de su luz toda posible luminaria celeste, según la lógica simbólica del relato, y se posó sobre los tejados de Belén: la ciudad que el profeta Miqueas había elegido para el nacimiento del mesías de Israel: «Porque tú, oh Belén Efrata, aunque eres pequeña entre las familias de Judá, de ti saldrá el que será el gobernante de Israel, cuyo origen es antiguo, desde los días de la eternidad». ¹¹

Pues he aquí que, en la lógica interna del texto, la estrella que procedía de Oriente no competía con las demás luminarias del cielo ni se integraba en el orden astronómico conocido, sino que lo desbordaba y lo eclipsaba. Se trataba de una luz que, en el plano narrativo y simbólico, anulaba la eficacia del resto del firmamento y se comportaba como una manifestación autónoma, ajena a toda regularidad cósmica, reforzando así su carácter espiritual y no astronómico.

Por lo demás, no debe sorprendernos que el nacimiento del mesías prometido se anunciará en la literatura del evangelio de Mateo a través de los magos-astrólogos¹² y de la Estrella de Oriente que marcaba el camino de Belén: una estrella completamente ajena a la conjunción astral de Júpiter y Saturno y completamente ajena

¹¹ Miqueas. 5.2.

¹² Mt. 2. 1,2.

también a cualquier consideración astral o planetaria de índole físico, cósmico, material y matemáticamente cuantificable. Se trataba, en realidad, de un simbolismo astral con el que, contrariamente a la interpretación racionalista, se expresaba la negación del poder arcónico de las estrellas y los planetas, al tiempo que anunciaba un poder superior descendido del cielo (la encarnación del Verbo o Logos de Dios). Es decir, se trataba de un simbolismo astral (tan solo en su representación formal) con el que se pretendía legitimar y ofrecer carta de naturaleza al descenso y a la llegada al mundo del verdadero Salvador; lo que indicaba, a primera vista, que la mayoría de los destinatarios del mensaje, sobrecoyidos probablemente bajo el poder de los signos celestes, debían aceptar el mensaje del texto, debían estar familiarizados con su lenguaje y debían interpretar correctamente la fuerza expresiva de su simbología.

Una tradición universal dentro de la cultura del helenismo.

Como ya he dicho y repetido, el fenómeno místico de la luz estelar fue algo que nada tuvo que ver con la realidad astronómica y cósmica, sino que se presentaba como imagen de la semántica del simbolismo de diferentes corrientes místicas del helenismo. En todas las culturas de la época, y muy particularmente en la tradición heredada del zoroastrismo, la manifestación de la natividad del cosmocrátor-redentor aparecía dominada por las imágenes de la estrella, de la luz y de la gruta; influencias que se dejaron notar también en el seno de ciertas sectas helenísticas samaritanas y judías. Según las tradiciones persas, el *xvarna* que brillaba por encima de la montaña sagrada era el signo anunciador de la venida de Saoshvant, el redentor milagrosamente nacido de la simiente de Zaroastro y de una virgen.¹³ «Los persas consideraban las epifanías de la luz, y, en primer lugar, la aparición de una estrella sobrenatural, como el signo anunciador por excelencia del nacimiento del cosmocrátor y salvador. Y como el nacimiento del futuro rey redentor del mundo debía tener lugar en una gruta —manifestaba Eliade—, la estrella o la columna de luz debía brillar por encima de esa gruta. Por lo que fue muy probable que los cristianos tomasen de los partos la imaginería de la natividad del cosmocrátor-redentor y la aplicasen al nacimiento de Cristo».¹⁴ En este sentido «se pronunciaron también Monneret de Villard y Widengren, para quienes este motivo fue, sin duda, de origen persa. El *Protoevangelio* hablaba de una luz cegadora que inundaba la gruta de

¹³ Mircea Eliade. *Mefistófeles y el andrógino*. Barcelona, 2001. p. 54. Dentro de la tradición irania, Eliade señalaba también el simbolismo de la ascensión periódica al «monte de las Victorias», el «centro del mundo» donde la luz escatológico se dejaba ver por primera vez.

¹⁴ Op. Cit. 51. Eliade cita a G. Widengren. *Fenomenología de la religión*. Madrid, 1976. p. 313.

Belén; y cuando esta comenzaba a retirarse, aparecía el Niño. Lo que venía a indicar que la luz era consustancial a Jesús, o bien se trataba de una de sus epifanías».¹⁵

Si bien, según Eliade, fue el autor anónimo del *Opus imperfectum in Matthaeum* (Patr. Gr. LVII. 637-638) quien introdujo elementos nuevos de esta simbología persa en la leyenda cristiana. «Según este texto, los doce Reyes Magos vivían en los alrededores del monte de las Victorias. Conocían la revelación secreta de Set concerniente a la venida del Salvador y cada año escalaban la montaña, donde se encontraba una gruta entre fuentes y árboles. Allí, adoraban a Dios en voz baja durante tres días, esperando la aparición de la estrella. Y esta aparecía finalmente bajo la forma de un niño, que les dijo que marchasen a Judea... De tal manera que, guiados por la estrella, los Reyes Magos viajaron durante dos años. Y, de regreso, contaron el prodigo del cual habían sido testigos».¹⁶

Y similares planteamientos mantuvo Anders Hultgård, para quien había que descartar que la Estrella de Oriente hubiese sido resultado de un fenómeno astronómico ocurrido al principio nuestra era, como habitualmente se cree. Para este autor, una interpretación basada en las tradiciones persas sobre los magos sería más acorde y encajaría mejor con el relato evangélico. «El texto griego de Mateo no hablaba de astrólogos en general, sino de magos (gr. *magoi*) de Oriente, es decir de sacerdotes mazdeos de la época. Estos personajes –señalaba Hultgård– habían observado el surgimiento de una estrella que predecía el nacimiento del salvador cristiano. Y esto era resultado de la adaptación de una leyenda irania relacionada con el nacimiento del rey salvador que representaba el dios Mithra. Tal leyenda fue conservada a través de una forma ligeramente reelaborada en algunos textos cristianos primitivos, en especial en el *Opus imperfectum in Matthaeum* y en la *Crónica del Pseudo Dioniso*».¹⁷ Para Hultgård, al igual que para Eliade y para Widengren, ambos textos relacionaban claramente a los magos con la mitología persa, y describían la reunión anual de los sacerdotes mazdeos en la cumbre de una montaña donde había una cueva, árboles y una fuente: la montaña sagrada... Allí, esperaban la aparición de una estrella y el descenso de la figura del salvador celeste, que debía bajar por la columna de luz formada por la propia estrella.

No hace falta que recordemos que la sabiduría y la santidad fueron representadas en la tradición persa, al igual que en la tradición de la India antigua, por la lumino-sidad cegadora que surgía del fuego sagrado.¹⁸ Por lo que no hay duda de que, en

¹⁵ Op. Cit. 51, 52.

¹⁶ Op. Cit. 52.

¹⁷ Anders Hultgård. «La religión irania en la antigüedad. Su impacto en las religiones de su entorno: judaísmo, cristianismo, gnosis». En *Biblia y helenismo. El pensamiento griego y la formación del cristianismo*. (A. Piñero Ed.). Córdoba, 2006. p. 583.

¹⁸ De la misma forma que las *Upanishads* identificaban el *ātman* con la luz interior del in-

términos de discurso narrativo, el elemento luminoso de la estrella de Mateo pudo encuadrarse, más allá de las referencias escriturarias eclesiásticas, dentro de la tradición cultural indoírania. La estrella de Belén informaba del nacimiento prodigioso de un rey salvador a los magos caldeos, quienes, desde lejanas tierras, emprendían un largo peregrinaje para glorificar al niño recién nacido. La transformación de estos magos caldeos en reyes de Oriente formaría parte, según algunas interpretaciones, de la fabulación popular desarrollada con posterioridad por influencia de la fantasía greco-egipcia.

Casualmente, la fiesta de los Reyes Magos, que se celebra en toda la cristiandad el seis de enero, y que en Oriente fue la fecha del nacimiento de Cristo, fue también la fecha en que en Alejandría se celebraba el festival del nacimiento del nuevo eón (una personificación sincrética de Osiris y el Sol) en el templo de Core, «la Doncella»; que allí se identificaba con Isis, de quien la aparición de la estrella Sirio (Sothis) había sido durante milenios el signo más esperado. «La elevación de la estrella anuncia la subida de las aguas del Nilo, a través de las cuales la gracia renovadora del mundo, del muerto y resucitado señor Osiris, iba a derramarse sobre la tierra». ¹⁹

La estrella, la esperanza mesiánica y las visiones gnósticas.

Por lo demás, desde tiempos remotos, la esperanza mesiánica de Israel había estado ligada a la aparición de una estrella. Incluso, desde la más lejana antigüedad, no solo en el judaísmo y en la tradición indoírania, sino también en todo el Oriente mediterráneo se había identificado el nacimiento del rey cosmocrátor, del salvador, con la aparición de una estrella en el cielo. Lo que no dejaba de estar presente en las Escrituras judías, como probaba la profecía de Balaam cuando afirmaba: «Lo veré, pero no ahora; lo contemplaré, pero no de cerca: Una estrella saldrá de Jacob, se levantará un cetro de Israel. Aplastará las sienes de Moab y los cráneos de todos los hijos de Set». ²⁰ Según Justino Mártir, «otro profeta, Isaías, anunciaba lo mismo con otros términos. Una estrella debía elevarse de Jacob y una flor debía crecer sobre la vara de Jesé. Y esta estrella luminosa que se levantaba, esta flor que crecía en la vara de Jesé, era el Cristo Salvador». ²¹ Otra referencia de Justino nos proporciona también nuevos elementos de juicio: «Y que Él había de levantarse como una estrella por el linaje de Abraham, lo manifestó Moisés cuando dijo: “Se levantará una estrella de Jacob y un caudillo de Israel”. Y otra Escritura decía: “Mirad a un

dividuo, el *Gran Bundahishn* identificaba el alma con el *xvarna*, la «luz de la gloria».

¹⁹ Joseph Campbell. *Las máscaras de Dios*. Vol. III. «Mitología Occidental». Madrid, 1999. pp. 368,369.

²⁰ *Números*. 24.17.

²¹ Justino. *Primera Apología*. 32.12,13. Op. Cit. 217. Hay que hacer notar que *Números* 24.17 e *Isaías* 11.1 se funden en una sola cita atribuida a Isaías.

hombre. Su nombre es Oriente". Levantándose, pues, en el cielo una estrella apenas hubo nacido Cristo, como se escribe en los recuerdos de sus Apóstoles, reconociéndole por ella los magos de Arabia, vinieron y le adoraron». ²²

Por otro lado, tampoco hemos de menospreciar el hecho de que en el Apocalipsis apareciesen dos citas referentes a la «estrella de la mañana» cargadas de significación y enjundia. La primera de ellas²³ venía precedida por un texto de los Salmos: «Yo le daré poder sobre las naciones y él las regirá con cetro de hierro». ²⁴ La segunda, mucho más elocuente y expresiva, identificaba al revelador de la Sabiduría con la estrella matutina: «Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana». ²⁵ Es decir, identificaba a Jesucristo ora con el sol naciente, ora con el lucero del alba; es decir, el planeta Venus o la estrella de la diosa Ishtar.

Por lo que parece posible, incluso, que (más allá del Logos solar) la narración del Apocalipsis recogiese un signo distintivo de la narración del mito ancestral y arquetípico que, proveniente del mundo mesopotámico, yo etiqueto como «Sacrificio y drama del Rey Sagrado»: aquel que pertenecería a la mitología de la diosa Inanna-Ishtar y a su hijo-amante Dumuzi-Tammuz, decenas de siglos anterior a las leyendas de la infancia de Mateo y Lucas. Pues no resulta descabellado pensar, a tenor del texto del Apocalipsis, que la estrella que aparecía sobre Belén en la narración del evangelio de Mateo pudiera haber sido una proyección cultural del planeta luminoso que tres mil años antes se presentaba como la estrella de Ishtar, Inanna, pastora sagrada y guardiana del establo de vacas, quien daba a luz a un hijo al que se le llamaba «pastor», «señor del aprisco de ovejas», «señor de la red» y «señor de vida». ²⁶ No hemos de olvidar que en la simbología del primer cristianismo Jesús fue también pastor, Poimén, como Dumuzi, Tammuz, Atis y Osiris (*Poimén leukón astrón*), ²⁷ y a la vez cordero: representaciones que se ajustaban perfectamente al fin de la era de Aries y a su muerte simbólica, que además coincidía con el signo zodiacal de la celebración de la Pascua.

No obstante, el asunto relativo a la asociación del nacimiento de Cristo con el simbolismo persa de la estrella luminosa (que adquiere primacía, desde mi punto de vista, frente a las demás influencias culturales) aparece explicado con profundidad filosófica en un pasaje del cristiano gnóstico Teódoto;²⁸ un pasaje recogido

²² Justino Mártir. *Diálogo con Trifón*. 106.4. En Daniel Ruiz Bueno. *Padres apologetas griegos*. Madrid, 1954. p. 489.

²³ *Ap.* 2.28.

²⁴ *Sal.* 2.8-9

²⁵ *Ap.* 22.16.

²⁶ Anne Baring y Jules Cashford. *El mito de la diosa*. Madrid, 2005. p. 211.

²⁷ «Pastor de las blancas estrellas».

²⁸ Clemente de Alejandría. *Extractos de Teódoto*. IV. 69-75.

por Clemente de Alejandría y donde se presentaba el fenómeno luminiscente como una alegoría de la presencia del revelador de la Sabiduría en el mundo. El texto describía primero la naturaleza del destino humano, que resultaba causado por la fatalidad del movimiento de los cuerpos celestes al más puro estilo determinista: «Así, a través de la acción de las estrellas fijas y de los planetas, los poderes invisibles, guiados por esos astros rigen las generaciones y las presiden». ²⁹ Pero «de esta disputa y lucha de los poderes, el Señor nos libera y procura la paz, lejos del combate de los poderes y de los ángeles». ³⁰ «Por eso el Señor descendió —aclaraba el gnóstico Teódoto— para traer la paz a los venidos del cielo y a los venidos de la tierra. [...] Por eso se alzó en lo alto una estrella extraña y nueva, aniquilando la antigua disposición de los astros, brillando con una luz nueva no de este mundo, la cual trazó nuevos caminos de salvación, como el mismo Señor, Guía de los hombres, que descendió a la tierra para cambiar desde la fatalidad a su Providencia a los que creen en Cristo». ³¹

La oscuridad, el contrapunto de la luz estelar.

Por supuesto, el contrapunto, en el otro extremo de los contrarios, a esta interpretación de la Estrella de Belén (como ruptura de la necesidad, del *fatum* y de la armonía matemática de la materialidad cósmica de los arcontes), lo encontramos, en los evangelios, en el eclipse solar y el consiguiente oscurecimiento de la tierra,³² imposible en la época de la Pascua y que anunciaba la muerte de Jesucristo. Una manifestación del cielo que hoy sabemos desborda la dimensión meramente luctuosa de una literal lectura de los textos, para transportarnos a una profundidad simbólica que solo encuentra acomodo en el contexto del Cristo cósmico y en su acción liberadora (a la manera luminosa y gnóstica) sobre la fatalidad del determinismo antiguo de los astros y los planetas.

Hay otros muchos ejemplos del simbolismo de la oscuridad. «En Plinio [por ejemplo] hallamos un episodio semejante, que afirmaba haber sido observado en Roma en sus días. Nos encontramos ante la transposición de un supuesto milagro, concebido originalmente para glorificar la nueva Edad de Oro grecorromana que constituía el reinado del deificado Augusto; una personalidad a la que se atribuía también la abolición milagrosa del hado astral». ³³ Todo lo cual quedaba patente, en el Nuevo Testamento, en el liberador anuncio de la llegada desde el cielo del Juez Salvador al final de los tiempos, y en el nacimiento de un nuevo eón: «Pues in-

²⁹ Op. Cit. IV. 70.1.

³⁰ Op. Cit. IV.72.1.

³¹ Op. Cit. IV.74.1,2.

³² Mc. 15.33. Mt. 27.45. Lc. 23.44,45.

³³ Jean Doresse. «Gnosticismo». En *Historia Religionum*. Madrid, 1973. Vol. I. p. 531.

mediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecería, y la luna no daría su resplandor. Las estrellas caerían del cielo y los poderes de los cielos serían sacudidos. Entonces se manifestaría la señal del Hijo del Hombre, y en ese tiempo harían duelo todas las tribus de la tierra, y verían al Hijo del Hombre viendo sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria».³⁴

Digamos que la liberación y la ruptura del orden arcónico (material) de las estrellas y los planetas presuponía, dentro de la literatura del gnosticismo y de ciertas sectas místicas y apocalípticas judías y samaritanas, todo un desafío al orden matemático del movimiento de los cuerpos celestes, que únicamente podía venir asociado a la figura del Juez Salvador de la literatura apocalíptica (oscuridad) y del revelador de la Sabiduría de Dios del gnosticismo cristiano (brillo y luminosidad).

El tema del *fatum* vencido por la luz o por la oscuridad, en última instancia, vencido por una intervención divina que debía suprimir el poder y la fuerza del movimiento armónico de los planetas, dueños hasta entonces del destino de los hombres, aparecía ya en gran parte de la literatura precristina y cristiana. Aparecía en el Libro de Henoc, se insinuaba en otros textos de la literatura apocalíptica, era la razón de la soteriología del gnosticismo y parte muy importante también de determinadas ideologías del mundo grecorromano.

La destrucción del poder de los planetas y la liberación de las ataduras del destino a través de un Salvador asociado a la luz y al fuego sagrado (persa, judío, grecorromano o samaritano) constituía tanto la base del mito gnóstico del retorno de los iluminados a la luz del Padre, como la base del mito apocalíptico que, desde la oscuridad y el caos, apuntaba a la instauración de un nuevo ciclo de relaciones entre la tierra y el cielo, liberado el colectivo de los justos y los benditos de la tiranía de los arcones.

...Una interpretación helenística de la venida del Salvador que aparecía también en las diferentes variantes de la gnosis primitiva: «El gnosticismo precristiano adoptaría este mismo tema, mencionado con la misma significación en el Libro Sagrado de Eugnosto. El gnosticismo, a su vez, lo heredaría, pero solo después de transformarlo o repetirlo, a fin de relacionarlo con el extraño acontecimiento [el descenso del Hijo] que afirmaba haber tenido lugar a comienzos de nuestra era».³⁵

La estrella de Belén que anunciaba el nacimiento de Jesús; el oscurecimiento del sol que, en plena Pascua, anunciaba la muerte de Cristo; el nacimiento de madre virgen del Salvador;³⁶ la adoración de los magos; el nacimiento en el pesebre; la

³⁴ Mc. 13.24-26. Mt. 24.29,30.

³⁵ J. Doresse. Op. Cit. 531.

³⁶ Mt. 1.22,23. Lc. 1.27. Las primitivas imágenes de la Virgen María la representaban con dos espigas de trigo en la mano, lo mismo que aparecen representadas Perséfone y la Virgen zodiacal. (H.P. Blavatsky. Op. Cit. Vol. IV. 163).

muerte de los inocentes; la huida a Egipto, etc., etc., fueron solo algunos de los muchos elementos fabulosos que, en su contexto cultural, expresaron una «verdad» simbólica que los evangelios y parte de la literatura gnóstica compartieron con el conjunto de rasgos arquetípicos del mito, de origen persa, del salvador descendido.³⁷ Y, dentro de los cuales, la estrella, como símbolo de su nacimiento y como signo que desafiaba a la fatalidad cósmica de los arcones y demonios, aparecía como elemento insustituible del relato de la natividad del Niño Dios de muchas de las culturas antiguas.

³⁷ J. Campbell. Op. Cit. 366-371.